

EL FÚTBOL COMO PRODUCTO CULTURAL: REVISIÓN Y ANÁLISIS BIBLIOGRÁFICO

Guillermo Acuña Gómez

Ángel Acuña Delgado

Departamento de Antropología Social,

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Granada

E-mail: acuna@ugr.es

Fecha de recepción: Mayo 2016

Fecha de aceptación: Septiembre 2016

<http://dx.doi.org/10.15366/citius2016.9.2.003>

Resumen:

Dado el interés que encierra el fútbol para el conocimiento del comportamiento humano en sociedad, con el propósito de facilitar la formación teórica de quienes en el futuro emprendan proyectos de investigación, orientados hacia una mejor comprensión de este deporte desde la perspectiva de las Ciencias Sociales, en el presente ensayo revisamos y analizamos una amplia muestra bibliográfica que permite alumbrar el estado de la cuestión del fútbol como producto cultural. Revisión y análisis que ofrecen una visión panorámica sobre el asunto en cuestión en base a cinco apartados: proceso histórico y atención mediática; evolución de los estadios; el factor seguridad; simbolismo y ritual: la exaltación de la identidad; violencia y racismo; y educación en valores.

Palabras clave: Fútbol, Cultura, Sociedad, Identidad, Ritual

Title: FOOTBALL AS A CULTURAL PRODUCT: REVIEW AND BIBLIOGRAPHICAL ANALYSIS"

Abstract:

Since the interest that the football/soccer encloses for the knowledge of human behavior in society, with the purpose of facilitate the theoretical training of those which in the future will undertake research projects, oriented towards a better understanding of this sport from the Social Sciences perspective, in this essay we review and analyze a wide sample of literature that leaves us illuminate the status of the issue, of football/soccer as a cultural product. Review and analysis offers a panoramic view about the matter, based on five points: historical process and media attention; development of stadiums: safety factor; symbolism and ritual: the exaltation of identity; violence and racism; and values education.

Key words: Football, Culture, Society, Identity, Ritual

1. Introducción

El deporte constituye uno de los mecanismos de socialización más difundidos en el mundo actual, y es por ello que resulta justificado su estudio desde las Ciencias Sociales, entre otras cosas por las implicaciones y consecuencias que tiene con la etnicidad.¹ Del amplio espectro que ocupa, el fútbol y su contexto es muy probablemente el que acapara mayor interés científico, debido a su magnitud, y al desempeño de funciones socioculturales que sobrepasan con creces su carácter lúdico y competitivo.

¹ Concepto que implica procesos de construcción de identidad y alteridad.

Como hecho cultural y claro exponente de la globalización, el fútbol ha sido tratado desde distintas ópticas y en distintas regiones del mundo. Se ha observado como reflejo de determinadas dinámicas sociales y también como generador de las mismas. Las preguntas que se han planteado en torno a él lo vinculan con aspectos que no son estrictamente deportivos: la conexión con el mercado mundial, las relaciones de poder, la comunicación de masas, o la visión del mundo. Y por su capacidad de convocatoria, su persuasión y facilidad para activar emociones, sabemos que, además de deporte, se trata de un fenómeno social de enorme calado en los últimos tiempos.

Dado el interés que encierra para el conocimiento del comportamiento humano en sociedad, con el propósito de facilitar la formación teórica de los investigadores que en el futuro emprendan proyectos, bien sean para profundizar en aspectos concretos de este deporte localizado en lugares precisos y delimitados, o bien para plantear generalizaciones sobre una amplia base de información que permita el contraste y la comparación de distintos escenarios; en el presente ensayo revisamos y analizamos una amplia muestra bibliográfica que permite alumbrar el estado de la cuestión del fútbol como producto cultural. Revisión y análisis que ofrecen una visión panorámica sobre el asunto en cuestión en base a cinco apartados fundamentales: proceso histórico y atención mediática; evolución de los estadios: el factor seguridad; simbolismo y ritual: la exaltación de la identidad; violencia y racismo; y educación en valores.

2. Proceso histórico y atención mediática

El fútbol, a lo largo de la historia se ha convertido en el deporte más universal por distintos motivos. Iniciado en el siglo XIX, el origen del nombre no ha sido atribuido a ninguna persona en particular, pero parece confirmada su naturaleza colectiva, ya que, desde los inicios, como señala Dunning (2009): “fútbol” proviene del término inglés “*soccer*”, que es un neologismo derivado de la palabra “*association*”, siendo el nombre real del juego: “*Association football*”.

A ello hay que añadir su originario desarrollo en las Escuelas Públicas inglesas y en las universidades de Cambridge y Oxford; instituciones que ocupaban un lugar privilegiado en la sociedad británica a mediados y finales del siglo XIX; por lo que afirma Dunning (2009, p. 12) que el “*deporte de las gentes* (referido al fútbol) *comenzó como actividad exclusiva del estrato superior de la élite social inglesa.*”

Una vez que se hubo popularizado en la alta sociedad británica, comenzó a expandirse por el resto de estratos sociales, y pronto el llamado por Harold Perkin (cfr. Dunning, 2009, p. 14) “*Imperio Británico informal*” (formado por marineros, comerciantes, soldados...), lo divulgó geográficamente por la Colonia y por las zonas de paso británicas, creando clubes y enseñándolo a los autóctonos.

Algunos de los motivos que hicieron al fútbol un deporte tan popular en tan poco tiempo, fueron, entre otros: tratarse de un juego que no requería mucho en cuestión de vestimenta y era comparativamente barato jugarlo; y contar con normas relativamente fáciles de entender que propiciaban un juego rápido y abierto, en el que se podía obtener un equilibrio entre un complejo de polaridades interdependientes, como el ataque y la defensa, la fuerza y la técnica, o el juego individual y el colectivo.

Explica Dunning (2009) que hacia finales del siglo XIX comenzaron los movimientos para formar organizaciones internacionales de fútbol. Pero con la prepotencia imperial típica, los británicos se negaron a tomar parte, aparentemente porque no creían que unos “*meros extranjeros*” fueran capaces de dirigir un deporte que ellos habían inventado. La FIFA (Federación Internacional de Asociaciones de Fútbol) se creó en París en 1904 con delegados de Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, España, Suecia y Suiza. Y los representantes de Gran

Bretaña e Irlanda se hicieron notar por su ausencia. La “*Football Association*” británica se asoció a la FIFA en 1906.

En España el fútbol se introduce hacia finales del siglo XIX a través de trabajadores inmigrantes, especialmente británicos. Sobre 1870 los ingleses residentes en las Minas de Riotinto (Huelva) disputaron los primeros partidos y en 1889 se creó el *Huelva Recreation Club*, que luego se convertiría en el actual Real Club Recreativo de Huelva. En relación a la llegada y expansión del fútbol en nuestro país, es destacable, nos dice Pastor (cfr. Torrebadella-Flix y Nomdedeu-Rull, 2014, p. 8), en primer lugar, la “*escasez de estudios de carácter histórico, así como la abundancia de manuscritos cargados de tópicos que afianza la visión simplista y que poco aporta a la descripción de las épocas pretéritas.*”

Martínez Gorroño y Hernández Álvarez (2014), no obstante, ponen de manifiesto el importante papel jugado por la *Institución Libre de Enseñanza* (ILE) en la introducción por primera vez del fútbol en las aulas en España, como puede verse en publicaciones que han revisado antiguos datos, a partir de investigaciones hechas sobre las fuentes primarias que suponen los archivos y boletines de la ILE. Señalan estos autores:

“El futbol comenzó a estar presente desde 1881 en la ILE, siendo el primer centro docente español en el que se jugó a este deporte. Fue Mr. Stewart Herbert Capper, profesor traído a España por Bartolomé Cossío, el introductor del Foot-ball en la Institución junto con éste profesor institucionista. Bajo su impulso se celebraron los primeros partidos de este hoy popular deporte. Después, en 1882, en los partidos empezaron a tomar parte profesores, y personas de edad madura.” (Ibid., p. 254).

Posteriormente y haciendo un balance general, Torrebadella-Flix y Nomdedeu-Rull (2014) dividen los comienzos del fútbol en nuestro país en tres grandes épocas o periodos: Una primera «etapa de gestación o regeneracionista (1900-1919)», caracterizada, según ellos, por la identificación del fútbol como signo elitista y burgués. La llegada del deporte se presentó entre connotaciones de moda y de regeneracionismo y se mostró como un excelente medio de educación física, principalmente en las escuelas privadas pertenecientes a las congregaciones religiosas. (Ibid., p. 13). Una segunda «etapa de implantación (1920-1929)» o lo que Torrebadella-Flix y Nomdedeu-Rull llaman “*los felices años veinte*”. El fútbol se reveló como el estandarte del deporte popular. Se convirtió en el primer espectáculo de masas y señaló la convergencia hacia la especialización deportiva y la profesionalización. Como actividad de ocio, como espectáculo y como motor del asociacionismo juvenil, el fútbol desbordó todo cuanto se había concebido hasta la fecha. Circunstancia que acontece a partir del final de la *I Guerra Mundial*, y con el éxito alcanzado por la selección española en la Olimpiada de Amberes. (ibíd., p. 15). Y una tercera «etapa de consolidación y de transformación (1930-1936)». Los años treinta contribuyeron al último periodo de arraigo, expansión y mayor afianzamiento del fútbol en España, y especialmente en las grandes ciudades. (ibíd., p. 19).

La difusión del fútbol en el continente europeo parte de ser una práctica aristocrática y burguesa a convertirse en un pasatiempo popular, y centro de identificación de los trabajadores de una fábrica, de un barrio o de una gran ciudad industrial (Bromberger, 2007, p. 120).

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, la buena acogida que en Europa tuvo el fútbol, por parte de las clases populares, hizo, según Cachán y Fernández (1998, p. 11) que se crearan clubes, asociaciones, federaciones, comités, una amplia normativa legal, y se organizaran competiciones a todos los niveles, siendo la iglesia, como dato anecdótico, aunque tal vez no tanto, una de las mejores agencias de difusión del mensaje futbolístico.

La progresiva generalización de las instituciones y competiciones nacionales e internacionales dio lugar a la aparición, en el último cuarto de siglo XX, al espectador deportivo

moderno. “*El fútbol se había convertido ya en elemento fundamental de la cultura popular, entretenía y ocupaba las mentes, desviaba las preocupaciones*” (Cachán y Fernández, 1998, p. 12).

A modo de reflexión, y de acuerdo con los datos que ofrecen los referidos autores, el fútbol se ha convertido en un deporte universal y bandera de la globalización, por numerosos motivos. Por un lado, además de ser conocido internacionalmente, su importancia trasciende el ámbito deportivo para influir en la estructura y dinámica social, política y económica de los pueblos. Por otro lado, a pesar de los conflictos y tensiones que se generan en torno a él, debido al empeño de trascendentalizar todo lo que ocurre sobre lo que empieza siendo tan solo un deporte, se ha convertido en un fenómeno social de gran envergadura por el lenguaje universal que contiene. Constituye un medio que implica procesos tanto de identificación como de distinción, de integración y de separación; y utilizado adecuadamente, más allá de los comportamientos fanáticos, puede contribuir y favorecer, como de hecho ocurre, al acercamiento, la comunicación y también, aunque en menor medida, al conocimiento mutuo entre los pueblos, por distantes que se encuentren.

Desde la perspectiva histórica son especialmente útiles los trabajos críticos sobre el surgimiento del deporte-espectáculo. Así, como diría Foucault (cfr. Barbero, 1993, p. 9) éste responde “*a la conciencia que adquirió la burguesía a lo largo del siglo XIX de la necesidad de controlar las poblaciones para asegurarse su productividad*”. Interesantes resultan las investigaciones realizadas sobre la institucionalización del fútbol como deporte de masas, las razones que justifican su buena acogida en los sectores populares, la aparición del espectador deportivo, la construcción de estadios, así como el uso que se hace de ellos como aliviadero de tensiones y forma de desviar la atención de las preocupaciones (Erriest y Ullman, 2010, p. 2). Muy útil resulta también la obra de Elias y Dunning (1992) “*Deporte y Ocio en el Proceso de Civilización*”. Y la de Mandell (1986) “*Historia Cultural del Deporte*”. Como decía este último: “*el deporte moderno, como un todo, amalgama un sistema ritual y retórico de símbolos públicos que suponen un apoyo positivo para las fuerzas que hacen posible la vida moderna.*” (ibíd., p. 286).

Además de las características propias de una actividad que en su desarrollo o evolución ha conseguido gran cantidad de adeptos, el éxito del deporte en general y el fútbol en particular, por el elevado número de practicantes y espectadores que ha generado en las últimas décadas, se debe a la atención prestada por los medios de comunicación (prensa, radio, televisión, internet). Los medios de comunicación en su diversidad constituyen un elemento esencial en la construcción social de la realidad, influyen en el estado de opinión de las gentes y ejercen un papel clave en la percepción de los acontecimientos y el diseño del propio mundo. El deporte, y en concreto el fútbol, no queda al margen de tal circunstancia, más bien ocupa un foco de atención prioritario por parte de los distintos medios, a tenor del amplio público interesado en él, susceptible de ser también potenciales clientes.

De acuerdo con Weischenberg (1998, p. 61-6) (cfr. Horky, 2009, p. 71), los medios de comunicación a menudo suministran un esbozo de realidad, ya que “*esta construcción de la realidad de los periodistas se somete naturalmente en gran medida a las condiciones institucionales de los medios y a las normas y modelos profesionales.*” El estudio realizado por Horky señala entre otras variables: la diversidad temática, la orientación según el sexo, la prevalencia de una estructura argumentativa de la información, así como de la orientación nacional o internacional del evento.

Thomas Horky (2009) sobre la calidad y orientación de los medios impresos de diferentes países de todo el mundo, aporta una serie de datos que sustentan lo que a juicio de muchos resulta evidente. En su estudio se pone de manifiesto el predominio internacional del fútbol en la

prensa escrita. Más de un tercio de los artículos trataban de fútbol, el resto de las modalidades deportivas ocupaban una pequeña proporción del conjunto de la información.² Incluso en años en los que no se celebraron grandes eventos futbolísticos, se denota el enorme interés por este deporte, especialmente en países europeos como Noruega (56% de la información deportiva), Escocia (61 %) y Rumanía (75 %) (Horky, 2009).

Así mismo, sobre el contenido de los temas de información, de su estudio se desprende que la prensa se centra en el deporte profesional de alto rendimiento en el 58 % de artículos analizados pertenecientes a distintas partes del mundo. Temas como la política del deporte, el dopaje o la cultura de los *fans*, son más bien secundarios en los medios analizados. Por otro lado, es también apreciable el predominio del deporte masculino sobre el femenino, al menos en la difusión de información. Casi 9 de cada 10 noticias emitidas se centraban en el sexo masculino, del total analizado, y en un 95% de los casos estuvieron redactadas por hombres. Este desequilibrio, añade Horky (2009, p. 74) se refleja aún más en el fútbol, donde sólo un texto de cada cien estaba escrito por una mujer. En el 3 % de todos los artículos relacionados con el tema del fútbol informaban mujeres en colaboración con algún compañero masculino.

En relación con el grado de validez y fiabilidad que merecen las noticias, examinó la exhaustividad y contrastación de datos que se da en el periodismo deportivo, para demostrar la enorme falta de contraste, ya que “el 40% de los artículos recogidos en todo el mundo sólo hacían referencia a una fuente, en más de un 20% no se citaba ninguna.” (Ibíd., p. 75).

No obstante, en relación al enfoque geográfico de la noticia, cabe destacar la creciente internacionalización de la prensa deportiva. En los artículos analizados en el estudio, cerca de un 35% de ellos trataban contenidos internacionales o más bien, de eventos, hechos y acontecimientos deportivos fuera del país propio.

En cuanto a las bases de datos periodísticos, que son a las que en definitiva los aficionados al fútbol acuden para solicitar información cotidiana, éstas informaban casi exclusivamente de grandes acontecimientos deportivos internacionales, como el *Tour de France*, la *Champions League* o grandes competiciones e importantes personalidades del deporte, mientras apenas trataban los pequeños eventos deportivos (Ibíd., p. 77).

En definitiva, existen pruebas sustantivas para poder afirmar que los medios de comunicación deportivos, por lo general, no siguen los parámetros de calidad exigidos para la difusión de otro tipo de información (política, judicial o económica). Aunque, el fenómeno globalizador y la internacionalización de la información futbolística es un rasgo que tiene consecuencias sobre la percepción de tales acontecimientos deportivos, en personas que viven muy alejadas del lugar donde éstos ocurren.

3. La evolución de los estadios. El factor seguridad.

La evolución de los estadios deportivos ha experimentado cambios muy significativos en el transcurso de los dos últimos siglos. Paramio (2004) divide ese proceso de cambio en cuatro grandes fases.

Desde el nacimiento de la “*primera generación de estadios deportivos*” en Gran Bretaña, existe un elemento que ineludiblemente ha ido sujeto a la idea de este tipo de edificios, y es que han destacado por ser lugares donde con cierta frecuencia se han plasmado valores político-

² Salvando las matizaciones que serían preciso hacer si tenemos en cuenta las particularidades regionales, como por ejemplo el predominio del béisbol en USA o Cuba.

económicos, socioculturales y deportivos de cada época, así como las condiciones del entorno urbano donde se ubicaban.

En una primera fase, los estadios donde se jugaba al fútbol no tenían límites espaciales y no respondían a los criterios racionalistas que imponía el modelo productivo. Fue a finales del siglo XIX cuando, paralelamente al proceso de industrialización en Gran Bretaña, se llevaron a cabo novedades que fomentaron importantes repercusiones económicas como el cobro de la entrada. Al pagar los espectadores se consiguió mayor financiación para los clubes, y, en consecuencia, la ampliación de las gradas, el aumento exponencial del número de seguidores, cierta separación entre los aficionados y entre éstos y los jugadores y entrenadores, junto con una segregación social entre los espectadores que acudían a tribunas y el resto de los espectadores. Fue así como surgió en esa época la “*segunda fase de los estadios modernos*”.

Tras la *II Guerra Mundial* y con el desarrollo del estado del bienestar en numerosos países europeos, argumenta Paramio (Ibíd., p. 43) que muchos de ellos, a excepción de Gran Bretaña que mantenía sus primeros estadios, se embarcaron en la edificación de la “*tercera generación de estadios*”. Estadios que destacaron por incrementar su capacidad, confort y seguridad para acomodar al elevado número de espectadores que acudía regularmente a los recintos deportivos.

Este mismo autor, afirma que posteriormente, se produjo un largo periodo de tiempo en el que esta estructura de estadio permaneció prácticamente inamovible, con el aumento, eso sí, de la capacidad de localidades o aumento de las medidas de confort y seguridad, pero, en definitiva, nos encontramos en esta misma fase hasta aproximadamente finales del siglo XX. Es importante recordar, que, aunque ha ocurrido desde el predominio del Imperio Romano, es durante esta época cuando, con ocasión de la celebración de eventos deportivos de cierta relevancia nacional e internacional, gobernantes de todo tipo de regímenes políticos han aprovechado estos foros para la difusión y confrontación de todo tipo de ideologías. Paramio (Ibíd., p. 44) destaca que uno de los momentos históricos más recordados de manipulación política aconteció, previamente a la celebración de los Juegos Olímpicos de 1936, tras la llegada al poder de Hitler.

En relación al fútbol, es obligado destacar el enorme simbolismo que trasciende del ámbito deportivo en ciertos estadios en los que juegan equipos profesionales. Véase en España el Nou Camp, Anoeta o San Mamés, para los que antropólogos como Feixa (2003) y MacClancy (2003) (cfr. Paramio, 2004, p. 44), han sido el marco espacial utilizado por ciertos grupos para plantear exigencias políticas.

Avanzando un poco más en el tiempo, la “*cuarta generación de estadios*”, en la que nos encontramos, éstos adquieren mayor relevancia en factores como el diseño arquitectónico, la multifuncionalidad de los espacios para organizar todo tipo de espectáculos de ocio y entretenimiento junto con la búsqueda de una mayor rentabilización. El estadio postmoderno refleja, según Paramio (Ibíd., p. 49), muchas de las posibilidades y límites que ha impuesto la globalización económica, así como la comercialización y profesionalización que han acontecido en el mundo del deporte en las últimas décadas. En ese punto, destaca este autor, que algunos colectivos no valoran positivamente estas transformaciones, aludiendo a una pérdida de los valores más tradicionales asociados al deporte y a su seguimiento incondicional.

Paramio (Ibíd., p. 44) observa también un crecimiento exponencial en la edificación de la cuarta generación de estadios y pabellones, palacios o arenas postmodernos. Coincidiendo a su vez con la modernización de otros muchos estadios modernos legendarios para adaptarse a las actuales exigencias legislativas, normativas de gestión y de ocio de los ciudadanos. Estos estadios, sobre todo aquellos de gran capacidad como Wembley, Bernabeu o Camp Nou, se han convertido

en espacios públicos “protegidos”, indispensables para crear una sensación de comunidad, pertenencia y de interacción social.

Por último, en cuanto a las modificaciones formales más destacables, la flexibilidad de uso se acentúa con la incorporación de avances tecnológicos como cubiertas y asientos retráctiles, terrenos de juego móviles y desmontables, pantallas gigantes de video, etc. Con dicha transformación, según Paramio (Ibíd., p. 48), los tradicionales socios y seguidores pasan a ser sustituidos en su valoración como accionistas y clientes. Aspecto éste que genera tensiones entre los seguidores tradicionales porque consideran que soslaya su afiliación e identificación con los clubes.

En cuanto a la posible relación existente entre las características del público y una determinada posición en las gradas, Bromberger (1989) pone de manifiesto a través de numerosos trabajos y en especial del análisis realizado sobre el público que asiste a los partidos de fútbol del Olímpico de Marsella, la recomposición geográfica y social de la ciudad en las gradas del estadio. Situación que no aparece estática en la medida que la dinámica social de cada espectador se traduce en una trayectoria particular por los diferentes espacios del estadio. El espectador lo es, por tanto, de su propio espectáculo, y cada grupo de hinchas busca también su propia identificación con los valores del club y los rasgos que definen a los distintos jugadores que forman el equipo. Los “mapas mentales” con los que estructura el perfil de los asistentes en las distintas partes del estadio (fondos, esquinas, tribunas, palcos, etc.), constituye un ejemplar modelo de análisis e interpretación de la diversidad que el estadio reúne.

“En suma, el escenario aparece como un observatorio privilegiado de una sociedad urbana, en su mitad masculina como mínimo (85% de los espectadores son hombres). Dramatizándose las relaciones sociales y vecinales, según mecanismos de los que en gran medida los espectadores son conscientes. Los “mapas mentales” del estadio acentúan los contrastes detectados por la encuesta, que los usuarios perciben de manera mucho más marcada. Se expresa a la vez un consenso entre el equipo que simboliza la ciudad y las diferencias en los estilos de los aficionados que siguen una categoría particular de los jugadores. Uno de esos sitios, espejo de identidades, centro de integración –y no de fusión– en la ciudad merece, sin duda, ser incluido y comprendido por el cartógrafo.” (Ibíd., p. 40)³ (Traducción de los autores).

Sin embargo, la distribución de espectadores en el estadio, en el caso de Marsella, no mantiene una correspondencia directa con la capacidad económica de los mismos, sino que sigue pautas más complejas relacionadas con la edad, la profesión, el vecindario, etc. Apreciando contraste en el tipo de espectadores que se ubican en cada zona, en cuanto al perfil sociodemográfico y a las actitudes expresadas (Bromberger y cols., 1987, pp. 43-44).

En otro de sus trabajos, Bromberger (2010) considera que cada nueva forma de ocupación del espacio escénico, se materializa en un rito de paso que marca la historia de la persona. Cada temporada inaugura un nuevo ciclo y abre expectativas socializadoras en razón a con quienes se encuentre en los lugares que ocupe. Constata igualmente que la virulencia de los insultos hacia el oponente o el árbitro varía significativamente de un área a otra del estadio, de las gradas tras las porterías, donde se reúnen jóvenes ultras, a las gradas de tribuna y palcos donde se asienta el público más exclusivo (Ibíd.).

³ *“Au total, le stade apparaît comme un observatoire privilégié d'une société urbaine, dans sa moitié masculine au moins (85% des spectateurs sont des hommes). S'y théâtralissent les rapports sociaux et vicinaux, selon des mécanismes dont sont largement conscients les spectateurs. Des « cartes mentales » du stade accentueraient les contrastes repérés par l'enquête, que les usagers perçoivent de façon plus marquée encore. S'y expriment tout à la fois un consensus autour de l'équipe qui symbolise la ville et des différences dans les styles de supportérisme, dans l'engouement relatif pour telle ou telle catégorie de joueurs. Un tel site, miroir d'identités, centrale d'intégration —et non de fusion— dans la ville, mérite, à coup sûr, le détour, y compris pour le cartographe.”*

En otro orden de cosas, uno de los temas más controvertidos de los últimos años en lo relativo a los espectáculos deportivos es el de la seguridad. En este terreno existe bastante documentación que trata el tema desde una visión normativa y reguladora, a otra más conductual y psicológica. Cabe decir, como señalan Ensslin y cols. (2012, p. 75) que los principales elementos para la gestión de la seguridad en los eventos futbolísticos son las medidas estructurales de los estadios y el control de multitudes.

Como nos indican las investigadoras Erriest y Ullmann (2010, p. 2), el fútbol es uno de los grandes fenómenos de la humanidad: 264 millones de personas juegan al fútbol de alguna manera; existen 1,7 millones de equipos de fútbol y alrededor de 300.000 clubes en el mundo; y la Copa del Mundo es uno de los eventos televisivos con mayor número de audiencia mundial. Este deporte, es un fenómeno de tal magnitud, que la FIFA cuenta en la actualidad con más asociaciones nacionales afiliadas (208 países) que la *Organización de Naciones Unidas* (192 países miembros).

Ensslin y cols. (2012, p. 73) añaden que este tipo de manifestaciones culturales están impregnadas de pasión y que a menudo en los eventos de este tipo se canalizan muchas emociones, tanto alegres como iracundas, que pueden desencadenar violencia y destrucción. No es descabellado por ello, pensar que tanto dentro como en torno a los estadios uno de los aspectos más atendidos sea el mantenimiento del orden público, así como el cumplimiento de las diferentes normativas y leyes, que asegure un respeto íntegro de las personas asistentes a un espectáculo deportivo.

Como sabemos, en el marco de un Estado de Derecho, la seguridad ciudadana es uno de los grandes objetivos a conseguir; sin embargo, habitualmente en los espectáculos deportivos el principio de gozar libremente del derecho fundamental a la seguridad es lesionado con cierta normalidad, y las medidas que se toman, con frecuencia llegan tarde, produciéndose en consecuencia grandes tragedias, como las ocurridas en los estadios de fútbol europeos de Hillsborough en 1989 o de Heysel en 1995.

Con respecto a las reformas estructurales en los estadios, algunos investigadores (Hall, 2010; Ensslin y cols., 2012, p. 75) destacan que los principales avances que se han realizado en los últimos años apuntan hacia la mejora de los controles de acceso y los sistemas de sonido y comunicación, la utilización de cámaras de seguridad, la implementación de la luminaria de los estadios, la verificación de antecedentes de los grupos ultras, la verificación de mochilas y la actualización periódica de planes de emergencia y planes de evacuación.

En cuanto a la gestión y control de multitudes, en un evento futbolístico de gran magnitud son numerosos los actores que confluyen: espectadores, futbolistas, clubes, terceros (vecinos, hosteleros, ...), y por supuesto el Estado representado por las Fuerzas de Seguridad, el Poder Judicial, el Ministerio Público Fiscal, los organismos del Poder Ejecutivo con competencia en la materia, etc.; por lo que el ámbito de los espectáculos futbolísticos, como indican Erriest y Ullmann (2010, p. 4), es tierra fértil para la continua colisión de intereses, derechos y obligaciones.

Erriest y Ullmann (Ibid., p. 3) indican que cuando ponemos en relación los términos “violencia en el fútbol” y “derechos humanos”, las instituciones públicas procuran atender los derechos de los espectadores que no son violentos ni pertenecen a grupos de animación radicales, los derechos de las víctimas indirectas de la violencia en el fútbol, y los derechos que pueden encontrarse afectados con la aplicación de determinadas medidas sancionatorias o preventivas de los delitos que se cometen en ocasión de los espectáculos deportivos.

En tal sentido, algunas de las medidas impuestas por los Estados en los lugares que se celebran espectáculos deportivos tienen, a juicio de Erriest y Ullmann (Ibíd., p. 10), un carácter exclusivista y reactivo, vulnerando en ocasiones los derechos de algunas personas, como mal menor para corregir comportamientos delictivos o que pongan en riesgo la seguridad de un grupo mayor. Algunas de estas medidas son el derecho de admisión, el encapsulamiento de colectivos, medidas de coerción por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, la prohibición de concurrencia o el endurecimiento de las medidas contra el racismo en el fútbol.

Como contrapunto, otras teorías sostienen que los avances en cuanto a materia de seguridad se deben dar desde un punto de vista más comprensivo y preventivo de dichas conductas inseguras. Stott, Hoggett y Pearson (2012, p. 382), en base a sus últimas investigaciones, hablan de la importancia del mantenimiento del orden y el desempeño de un rol más pacífico y comprensivo de los cuerpos de seguridad, para evitar esas conductas que pongan en riesgo la seguridad de espectadores, jugadores y todos los actores del juego.

En la actualidad, como comentan Erriest y Ullmann (2010, p. 6), los episodios de violencia más graves se registran por lo general en los alrededores de los estadios, donde los hinchas están mejor organizados. Es, por tanto, en torno a estos lugares donde se debe prestar más atención y focalizar el mayor número de medidas de seguridad para conseguir aumentar las posibilidades de un normal desarrollo del espectáculo. Stott y Reicher (1998) (cfr. Stott, Hoggett y Pearson, 2012, p. 382) explican cómo un aumento en las restricciones y un uso desmesurado de la fuerza por parte de las autoridades, provocó en el Mundial de Italia 1990 un número muy elevado de incidentes por parte de los *hooligans* ingleses. Al contrario de lo que pasó en la Eurocopa de Portugal 2004, donde la policía adoptó una estrategia de diálogo y orientación de los aficionados hacia el entretenimiento. Aun así, hubo incidentes, pero su porcentaje con respecto a otros eventos futbolísticos disminuyó ostensiblemente. Posteriormente se realizaron investigaciones con aficionados del Cardiff durante varias jornadas de la liga de su país, donde se adoptaron medidas de facilitación de necesidades y diálogo con los *hooligans* más radicales. Entre otras medidas aplicadas, se les permitió beber, pero en zonas habilitadas para ello o se les escoltó a los estadios con una actitud de colaboración. Como resultado, se produjo una auto-regulación de los propios aficionados, los líderes de los grupos radicales se sintieron cómplices del mantenimiento de la seguridad, y se redujo la acción policial notablemente en situaciones de posible conflicto, así como los destrozos en bienes públicos (ibíd., p. 390).

En definitiva, el ámbito de la seguridad abarca numerosos aspectos, tanto estructurales como de gestión de masas que confluyen en un estadio. Mientras que las medidas funcionales cada vez tienen un mayor grado de eficacia, no ocurre lo mismo con la gestión de masas, más concretamente de grupos violentos. Esto depende mucho de la normativa y legislación en materia de seguridad deportiva de cada país. De esta forma, en América del Sur sigue siendo un problema de primer nivel, donde las *barras bravas* y las *torcidas* (por poner los ejemplos de Argentina y Brasil) registran un gran número de incidentes durante los eventos futbolísticos.

En Europa, las medidas adoptadas por las federaciones, empresas y estados en materia de seguridad son bastante restrictivas, a la vez que, bajo nuestro punto de vista, no se realizan de forma coherente y coordinada por cada uno de los agentes implicados y las responsabilidades no están bien asignadas⁴.

⁴ López-Fernández y cols. (2014) desarrollaron un procedimiento para evaluar la adecuación de los estadios de fútbol españoles a las medidas de seguridad obligatorias. En sus resultados ninguno de los tres estadios analizados cumplía con todas las medidas obligatorias.

Pese a todo, cada vez se tiende más al diálogo y a la colaboración con los grupos de animación más radicales, a fin de hacerles conscientes de sus responsabilidades, y ofrecer así la posibilidad de una mayor autoregulación de las actitudes violentas, restringiéndolas al máximo.

4. Simbolismo y ritual. La exaltación de la identidad

Desde que comenzaron los estudios sobre el fútbol como deporte espectáculo, son muchos los ángulos desde donde ha sido analizado, y uno de los más llamativos es el del simbolismo. El fútbol, el estadio, el propio juego y todo lo que alrededor sucede antes, durante y después del momento de competición cobran por lo general un sentido ritual y, según algunos, casi religioso, especialmente para ese sector de aficionados a los que conocemos como hinchas o “fans” (por su fanatismo).

Según Cachán y Fernández (1998, p. 10), “*el deporte parece haberse originado en la religión, y durante mucho tiempo ha seguido manteniendo un carácter religioso*”. Para González Ponce de León (2009), por su parte, que el deporte se halla ritualizado no quiere decir que pretenda servir de nueva religión o que sustituya a las tradiciones, sino que es utilizado como medio para procurarse satisfacción mediante acciones, objetos, mitos y ritos que conforman un sistema simbólico. Vázquez Montalbán (2005, p. 58), sin embargo, admite en su libro “Una Religión en busca de un Dios”, que son tantos los símiles y analogías que podemos encontrar en el fútbol, que para el hincha más “fiel” puede suponer el sustitutivo a las creencias divinas.

Algunas de esas analogías entre fútbol y religión las encontramos en Verdú (1980), quien llama la atención sobre la religiosidad del penitente hincha, la contemplación del jugador como objeto de placer, la variación de los sistemas de juego en correspondencia con las sucesivas coyunturas sociales o los sueños matriarcales que gobiernan el inconsciente del equipo; interpretando los comportamientos producidos en el estadio como sistemas de comunicación cargados de simbolismo: las funciones curanderas del masajista, la función totémica de las porterías, la función represora y poseedora de la verdad del árbitro, la función fetichista de las bufandas, escudos y banderas como elementos sagrados que no conviene ultrajar, etc. Cachán y Fernández (1998, p. 3) observan además que en el fútbol “*como ceremonia-acontecimiento interviene un tiempo que es el Gran Tiempo (mítico, no cronológico), un espacio que es la escena tribal y una energía que es la libido (ir a muerte: ganar/perder-vida/muerte)*”. Así como el carácter de mártir que tiene el hincha del equipo, que “*acude al estadio a sufrir, encontrando la alegría sólo tras el padecimiento*” (Ibíd., p. 13). González Ponce de León (2009) señala que prácticamente todos los elementos presentes en un partido de fútbol, ya sea dentro del terreno de juego, o fuera de él, cobran un sentido simbólico para los aficionados que, sin ser conscientes de ello, condicionan su comportamiento. Véanse así las imágenes fetichistas y totémicas que se encuentran “*en los emblemas, escudos, pegatinas, bufandas, muñecos, trofeos de las vitrinas y toda una serie de artículos que se venden en los alrededores de los estadios antes de los partidos.*” (Ibíd., p. 9). Las porterías, el balón, el árbitro o el masajista tampoco escapan a los significados simbólicos.

Bromberger (1987, p. 54) plantea la analogía entre el ritual del partido de fútbol en el estadio y la asistencia a un ritual religioso, en cuanto que existe un lenguaje especial entre los aficionados, el reconocimiento de una jerarquía de estatus, idolatría hacia ciertos jugadores, la tensión entre el universalismo de la práctica y del espectáculo y el particularismo de lo local, la repetibilidad del acontecimiento, y sobre todo la trama secuencial del partido, y la trascendencia que se le atribuye a gestos y resultados. “*El fútbol aparece de hecho, como un universo refugio y creador de las prácticas mágico-religiosas, donde se cree, en forma condicional, la eficacia*

simbólica. *Los jugadores y sus partidarios más ardientes multiplican ritos propiciatorios para convencer a la suerte.*” (Bromberger, 2007: 138)⁵ (Traducción propia).

El espectáculo de fútbol no explica de dónde venimos ni a dónde vamos (como la religión), pero nos habla del mérito individual, de la solidaridad colectiva, de la competencia, del rendimiento, la clasificación, de las fidelidades y lealtades locales, de las contradicciones existenciales; atributos todos ellos de la vida moderna, vividos de manera ambigua entre el drama y la comedia, la pasión y el mercado, el fervor y el consumo, el ritual y el espectáculo (Ibíd., p. 140). El partido de fútbol, expresa este autor, así como Ramonet (1999) y Fábregas (2001, 2006), puede ser considerado con toda propiedad como un “hecho social total”, y el ritual por excelencia en la sociedad moderna actual⁶, en el que la colectividad moviliza y teatraliza sus recursos sociales y simbólicos (Bromberger, 2007, p. 61).

González Ponce de León (2009), en consonancia con otros autores, clasifica el evento deportivo del fútbol profesional como un ritual de carácter lúdico enmarcado en el tiempo libre. El componente lúdico, señalan Dávila y Londoño (2003, p. 125), sigue estando presente en la actualidad, aún con toda la carga de profesionalización e interés que ahora conlleva, pues en realidad no hay nada serio que comprometa su desarrollo. Como todo juego, crea una realidad alternativa en la cual se subsumen jugadores, técnicos, directivos, periodistas y espectadores, en paralelo a la realidad cotidiana, con la que se conjuga. En ese mundo imaginado de justicias, injusticias, placeres y sufrimiento que al final termina afectando a la realidad, convergen la acumulación de tensiones y éxtasis breves pero definitivos, combinados de una forma que suele generar adhesión, o adicción. Es por tanto lógico pensar que el fútbol, como deporte espectáculo, requiere espectadores igual que los espectadores requieren fútbol. Dávila y Londoño (2003, p. 127) apuntan que el fútbol ofrece al público la oportunidad y capacidad de compartir, simpatizar, juzgar o atender a una representación lúdica, estética, en definitiva, un juego con el que identificarse. O como señala Bromberger (1987), un crisol excepcional de identificaciones que se modulan en función de una ciudad, una región, un estilo de juego, un tipo de jugadores, acontecimientos históricos, anécdotas ocurridas, etc.⁷

Por ser un deporte colectivo de contacto y de competición, el fútbol se ha convertido en “*la batalla más seria del mundo*” (Bromberger, 2007, p. 123), que condensa y dramatiza, a modo de ilusión realista, los valores cardinales de las sociedades industriales modernas.

Villena (2003, p. 22) señala la función que ejerce como canal de movilidad social ascendente, así como su valor formativo en el proceso de socialización, perspectiva en la cual el deporte se considera una forma muy eficaz para la transmisión de valores cívicos, de homogeneización cultural o de promoción nacionalista, entre otros. Santa Cruz (2003, p. 200), por su parte, opina en el caso de Chile (su país), que precisamente ese proceso de masificación de los clubes deportivos se debe a que en sus inicios se constituyeron como organismos sociales análogos a otros de carácter sindical, vecinal, escolar, cultural, etc., como asociaciones voluntarias

⁵ “*Le football apparaît, en fait, comme un univers refuge et créateur de pratiques magico-religieuses, où l'on croit, sur un mode conditionnel, à l'efficacité symbolique. Les joueurs et leurs supporters les plus ardents multiplient les rites propitiatoires pour amadouer le sort.*”

⁶ Ver también Da Matta y cols. (1987); Lahud Guedes (1998); Ramonet (1999); Bromberger (2000b); Cappa (2004).

⁷ En el análisis que hace del fútbol en las ciudades de Marsella, Nápoles y Turín, además de analizarlo como metáfora de la vida cotidiana, y asociarlo con el ritual religioso, Bromberger se interesa por la composición del público en el estadio y de caracterizar sus comportamientos y retóricas. El estadio es presentado como un lugar mayoritariamente masculino (en torno al 85%), donde presenciar los resultados obtenidos en el terreno de juego en base sobre todo al esfuerzo y al talento personal y colectivo de los equipos (aunque a veces también intervenga la suerte), un lugar democrático donde apreciar la igualdad de oportunidades, donde expresar y dramatizar la pertenencia social, y donde imaginar (Bromberger, 1995).

surgidas de la base social y la vida cotidiana de pequeños grupos y que, con el tiempo, se transformaron en grandes instituciones profesionalizadas.

Debido al carácter comercial o mercantil que rodea la vida de los jugadores, considerados a veces “traidores”, y a los conflictos de poder e intereses empresariales de los directivos o máximos responsables de los clubes, señalados algunos como corruptos, Alabarces (2008), en su análisis del fútbol argentino⁸, plantea que:

“Las hinchadas se perciben a sí mismas como el único custodio de la identidad; como el único actor que no produce ganancias económicas, pero que produce ganancias simbólicas y pasionales; frente a la maximización del beneficio monetario, las hinchadas sólo pueden proponer la defensa de su beneficio de pasiones, de su producción de sentimientos ‘puros’.” (Ibíd., p. 28).

La identidad del club aparece así representada en los hinchas que han de aguantar estoicamente todo lo que venga y se comprometen en ir cada semana al estadio para mantener la ilusión (el mito) de incidir en el resultado con su presencia, y para “afirmar la continuidad del pacto pasional” (Ibíd., p. 29).

El fútbol, según la visión sociológica de Ferreiro (2003, p. 58), supone un complejo ritual que incluye dos subprocesos: uno ocurre dentro del campo de juego; el otro en las gradas y entre los espectadores. El primero vinculado a una *performance* con su resultado en función de una serie de reglas; el segundo vincula otra *performance* con un proceso identitario basado en el antagonismo. El fútbol, indica Villena (2003, p. 26), actúa de arena pública en el proceso de construcción de identidades sociales y culturales de diverso cuño, sean identidades de pertenencia (identidades territoriales-regionales, locales, nacionales, genéricas, generacionales, de clase, etc.) o identidades de rol (hinchas, jugadores).

En definitiva, el fútbol funciona como una arena pública donde se elaboran y refuerzan identidades. En el estadio de fútbol nos encontramos con un escenario privilegiado en el que las identidades, según Villena (Ibíd., p. 29), son construcciones precarias, múltiples y susceptibles de transformación. Situaciones que pueden encajar dentro de lo que Víctor Turner llamó *communitas*: “escenario ritual que hace posible obviar las diferencias estructurales entre los individuos y que propicia su inmersión en un espacio de *communitas*, de comunión entre quienes usualmente se encuentran separados estructuralmente por diferencias de rol y *status*.” (cfr. Villena, 2003, p. 30).

Para Ramírez Gallegos (2003, p. 108), por su parte, el deporte espectáculo no funciona en contra de la sociedad, ya que al mismo tiempo expresa, condensa, visibiliza, y acentúa las diferencias y los antagonismos regionales; al igual que plantea Rojo-Labaien (2014), al resaltar las protestas en la Copa Confederaciones 2014 en Brasil, donde hubo disturbios por los recortes en educación por culpa de la celebración del Mundial.

Bayce (2003, p. 164) considera que no puede haber sociedad que no sienta la necesidad de mantener y reafirmar, a intervalos regulares, los sentimientos y las ideas colectivas que constituyen su unidad y su personalidad. A su vez, esta reafirmación moral no puede obtenerse sino por medio de reuniones, de asambleas, de congregaciones (que metafóricamente serían los partidos del equipo propio), en los que los individuos reafirman unos sentimientos comunes (apoyo al equipo, amor a unos colores, etc.). “*El público es el asistente al juego, cuando entra al lugar donde se llevará a cabo el ritual adquiere una identidad de ‘hincha’, y se une a un colectivo que está en confrontación con la hinchada adversaria*” (Ramírez Gallegos, 2003, p. 110).

⁸ Ver también Alabarces (2002), Alabarces y cols. (2005) y Archetti (1985, 1998).

En relación con el proceso de construcción identitaria del aficionado, Giménez (1999) (cfr. Ramírez Gallegos, 2003: 112) considera que el hincha se suele guiar por la territorialidad y los factores étnico-raciales a la hora de identificarse con un club. A estos dos elementos hay que sumar también elementos históricos y personales que completan el proceso.

Siguiendo con los regionalismos, Villena (2003, p. 265) augura un futuro en el que el *tifo*⁹ local se imponga a uno de mayor entidad, ya que sintoniza mejor con los procesos de transnacionalización que últimamente se llevan a cabo en el fútbol.

Algunos de los ejemplos más claros sobre las identidades territoriales, ya sean de carácter regional o nacional, que se fraguan en torno al fútbol espectáculo, y los discursos extradeportivos que se le tratan de asociar, los proporcionan Magazine, Ramírez y Martínez (2010), al ilustrar los casos americanos de México y Ecuador.

En el caso de México, tras la Revolución de 1910, parecía haber triunfado un proyecto nacional homogeneizador de las diferentes regiones del país; pero, nada más lejos de la realidad, poco a poco se fue imponiendo un lento proceso de desarrollo interno, basado principalmente en la centralización y, por tanto, el enriquecimiento cada vez mayor de la zona cercana a la capital, Ciudad de México, con el consiguiente subdesarrollo del país. El Norte, cada vez más desarrollado, frente a una zona Sur del país que reclamaba recursos y un reparto equitativo al Estado. La traducción de todo esto al lenguaje futbolístico se produjo mediante una fuerte rivalidad entre los equipos del norte y especialmente de la capital, frente a los sureños. “[...] identificarse con el equipo de su región o localidad y rivalizar contra los equipos del centro es una de las vías más populares para expresar, indirectamente, su enojo y frustración hacia la capital que históricamente los ha minimizado y explotado.” (Magazine, Ramírez y Martínez, 2010, p. 160).

Por otro lado, en el caso de Ecuador han prevalecido las identidades primordiales de corte regional, aglutinadas en torno a tres centros urbanos: Quito, Guayaquil y Cuenca. En la coyuntura actual del país se ha producido la intensificación de un conflicto regional que ha tomado relevancia especialmente en el municipio de Guayaquil, donde se ha retomado con fuerza un discurso identitario esencialista que apela a su ya histórico deseo de autonomía. En el aspecto futbolístico, como explican Magazine, Ramírez y Martínez (Ibíd., p. 158) esto se traduce en una fuerte rivalidad entre equipos de cada uno de los municipios, por la representación de sus tradiciones y aspectos culturales propios. Circunstancia estudiada también por Ramírez Gallegos (2003, pp. 101-121) en ese mismo país, cuyo análisis histórico sobre el profesionalismo, la selección nacional y las consignas y cánticos de equipos, plantea la hipótesis de que en Ecuador el fútbol sirve para reforzar las identidades primordiales regionales que cuestionan el ideal de unidad nacional.

Por encima de ese proceso de identidad regionalista, y no necesariamente contrapuesto al mismo, se encuentra el de identificación nacional. Con el transcurso de los años el fútbol ha adquirido en muchos países el carácter de una tradición y pasión nacional y, en consecuencia, de un acontecimiento simbólico de profundas implicaciones geopolíticas, llegando a ser considerado, según Villena (2003, p. 258), como una forma de guerra ritual entre naciones.

Antezana (2003: 85-98), al reflexionar sobre el fútbol espectáculo considera dos tipos básicos de identidades: la que se desprende de la adhesión a los equipos o clubes, y la relativa a las selecciones nacionales. La conjugación de la primera, de carácter relativamente local y

⁹ Término que, en Italia, de donde es originario, expresa una determinada escenografía (cánticos, ondeos de bufandas, lanzamientos de papeles, etc.), puesta en escena por una de las hinchadas presentes en el estadio, pero que en España se suele referir al despliegue y exhibición de una gran pancarta alusiva en las gradas.

definida como “*tifosi*”, con la segunda, asociada al sentido ciudadano y definida como “*metaidentidad*”, no es difícil gracias a la capacidad de asimilar varias identidades culturales. Asimismo, observa que la participación en el espectáculo futbolístico es también un juego de lenguaje, en la medida que se vive no sólo porque se ve, sino porque se habla de él y genera motivos de conversación.

Sobre las identidades nacionales, indica Villena (2003, p. 258), que en muchas regiones la asistencia activa a los espectáculos deportivos es un verdadero deber cívico, independientemente de si les gusta o no el fútbol: apoyar a su selección nacional es una sentida y a menudo exaltada declaración pública de pertenencia y lealtad a la nación.

Dávila y Londoño (2003, pp. 123-143) reflexionan sobre la relación entre fútbol, nación y selección nacional, en el caso de Colombia, para señalar cómo, ante una situación deficitaria de símbolos e instituciones capaces de cohesionar a la sociedad colombiana, la selección nacional de fútbol se gestó como referente de identidad nacional en un determinado momento histórico (1985-1987).

Bayce (2003, pp. 163-177), por su parte, en relación con el fútbol uruguayo, rechaza la idea de que el estilo futbolístico de la selección refleje su carácter nacional, apuntando que se trata tan sólo de estereotipos imaginados. Estereotipos que constituyen un lastre psicológico negativo al convertirse en mitología. De hecho, el fracaso de la selección nacional uruguayo contemporánea se debe, a su juicio, no a que los actuales jugadores no se parezcan a las viejas glorias del pasado, sino a su obsesión por encarnarlas.

En el marco internacional, el estudio, llevado a cabo por Gibbons (2011) muestra una variación significativa en el sentido de pertenencia nacionalista durante los últimos seis años en Gran Bretaña. El problema de trasfondo existente en la región, obedece a que en el ámbito internacional se tiende a confundir a los ingleses con los británicos, cosa que disgusta bastante, según el autor, a irlandeses, escoceses y galeses, que por lo general se sienten principalmente de sus propios países antes que del Reino Unido. Esto a su vez, se traduce en un marcado sentido de pertenencia al país inglés por parte de sus habitantes, cuando son preguntados por el equipo de fútbol que mejor les representa (por encima de un 60% se sienten ingleses, seguido de un 30% que se consideran británicos). Sin embargo, la tendencia experimenta variación en el tiempo. Mientras que en 2008 el estudio determinó que los ingleses encuestados no se sentían representados por el equipo nacional en un 53%, esta cifra había disminuido dos años antes hasta un 27%. El motivo fue exclusivamente deportivo: en el *Mundial de 2006* llegaron a cuartos de final de la competición, mientras que para la *Eurocopa de 2008* no habían logrado clasificarse para disputarla. Resultados que demuestran, según Gibbons (2012), que no sólo se deben atender factores externos al deporte para analizar el sentimiento identitario de los aficionados, dada la importante influencia que cobra la dinámica y los logros competitivos o deportivos en esa relación.

Sobre la vinculación del fútbol con la construcción y gestión de las identidades locales, regionales, nacionales y transnacionales, otro excelente ejemplo lo encontramos en la obra de Fábregas (2001), al analizar los resultados de dos años de observaciones en los estadios, entrevistas y conversaciones informales con los aficionados del *Club de Fútbol Guadalajara* (en México), conocidos como “*Chivas*”. En dicho trabajo expresa a su vez el papel integrador que posee el estadio por fuera, como espacio de reunión de todos los aficionados los días de partido. El papel distribuidor por sectores sociales del estadio por dentro, que separa a los asistentes en localidades, que marcadas por el condicionante económico, permiten una mejor o peor visibilidad de lo que ocurre en el terreno de juego. En el estadio los empresarios ven el partido por el televisor y negocian en los palcos, la clase media se acomoda en los lugares sombreados y centrados de

tribuna, y las clases bajas en los lugares extremos y elevados, cerca del cielo prometido (Ibid., pp. 272-273).

En relación con el papel que desempeña el fútbol en Chiapas (México), Fábregas (2006: 152) sostiene la tesis que dicho deporte ofrece las condiciones para reunir a la población y expresar la imagen de sí misma, en un contexto de sociedad fragmentada y con baja autoestima. El equipo intervendría aquí como un medio integrador por encima de las desigualdades sociales y las diferenciaciones. Cada partido, refiere este autor: “*es un apoyo para la reafirmación de lo local, el fortalecimiento de la autoestima y el soporte del sistema de símbolos*”. (Ibid., p. 158).

En el caso chiapaneco, plantea Fábregas (Ibid., pp. 158-160), que el fútbol provoca integración social a costa de su fragmentación (“integraciones momentáneas”), y de las contradicciones en las que se desenvuelve, muestra el doble papel que desempeña: símbolo de identidad y mecanismo integrador que cohesiona la división social, la cual implica la cuestión étnica; y próspero negocio de enorme proporción que hace emerger un empresariado en sintonía con la modernidad.

En la misma línea que Fábregas, Feixa (2003) analiza en el fútbol la producción de identidades a distintos niveles: individual, grupal, institucional, transnacional (por lo que supone el fichaje y presencia de jugadores internacionales); y apunta también el carácter “religioso” que conlleva ser “*culé*”,¹⁰ por el simbolismo y valores (sagrados) que se desprenden del *F.C. Barcelona* para la vida de los seguidores más incondicionales.

Salvador (2004) realiza en su tesis doctoral un amplio e interesante estudio sobre dicho club (FCB), cuyo universo simbólico constituye un importante factor de integración y catalanidad. Los dispositivos mitológicos y rituales situados en torno al Barça, el fetichismo y exaltación de los sagrados colores, la analogía con la religión, la incondicionalidad de sus seguidores, o la rivalidad con el *Real Madrid*, demuestran su poder para construir y mantener una identidad que sobrepasa la esfera deportiva, y hace valer la conocida frase de ser “*algo más que un club*”.

4.1. Nacionalismos, globalización e identidades colectivas

Siguiendo con el contexto español, y volviendo la mirada atrás, Rojo-Labaien (2014) apunta el papel que desempeñó el fútbol en este país, necesitado de regeneración del Estado-Nación tras la pérdida del vestigio colonial, y el impulso de los nacionalismos periféricos: vasco y catalán. “*En este contexto necesitado de signos y símbolos de reivindicación y representación colectiva es cuando se fragua, por lo tanto, el entusiasmo colectivo de la sociedad con respecto a este deporte foráneo*” (Ibid., p. 24).

El sentimiento nacionalista con respecto al fútbol, tiene posiblemente un importante punto de partida con motivo de los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920. Fue ahí donde por primera vez la selección española se enfrentaba a los representantes de otros Estados en una competición futbolística, y ésta obtuvo un segundo puesto, siendo calificado el juego de sus jugadores por parte de los periodistas con la expresión de “*la furia española*” (González Aja; cfr. Rojo-Labaien, 2014, p. 26).

Posteriormente, como explica Rojo-Labaien (2014), los periodos de dictaduras y la consecuente opresión de las opiniones independentistas, hicieron trasladar esas tensiones políticas e ideológicas a los estadios de fútbol. Desde los primeros encuentros entre el Real Madrid y el *FC Barcelona*, las gradas se convertían en un espacio donde expresar frustraciones e ideas de las

¹⁰ En el argot futbolístico significa ser hincha del F.C. Barcelona.

que NO se podía hacer eco la sociedad. El independentismo y el deseo de autonomía se hacían escuchar en las regiones vascas y catalanas, mientras que el sentimiento nacionalista, por ejemplo, se quedaba en la primera parte del siglo XX marginado internacionalmente por el apoyo franquista a las dictaduras europeas (Bahamonde Magro; cfr. Rojo-Labaien, 2014).

Otra serie de hechos destacables a favor del sentimiento independentista de Cataluña y también de Euskadi, reproducidos a través del fútbol, han sido, por ejemplo: la representación internacional de la selección de Euskadi en 1979, la aparición en 1990 de la selección catalana solicitando a la FIFA el derecho a competir en campeonatos oficiales, la pitada al himno nacional en 2009 y 2015 por parte de las aficiones de los equipos finalistas de la Copa del Rey, *FC Barcelona* y *Athletic de Bilbao*. Mientras que, en sentido contrario, la época victoriosa de la Selección Española de fútbol entre 2008 y 2012, con la consecución de un campeonato mundial y dos europeos, provocaron la celebración y defensa del nacionalismo español por una gran parte de la sociedad que se atribuye esa identidad como propia, mostrando de manera permanente banderas en los balcones de las casas, o mediante la repetición del grito-consigna de “yo soy español, español, español”.

Rojo-Labaien (2014, p. 31) considera que el caso español es un signo nítido de la imposibilidad de sustraer la representación nacional interna del fútbol y la manifestación identitaria dentro de los estadios. En tal sentido, la gestión de la diversidad nacional por parte de las organizaciones políticas tendrá en el fútbol un buen indicador para testar su evolución.

Desde otro punto de vista, podemos pensar cómo los cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos que se dan a escala planetaria o global, impactan en las funciones sociales de los deportes y particularmente del fútbol en la elaboración de una cierta identidad colectiva.¹¹ Santa Cruz (2003, pp. 199-224) pone de manifiesto cómo la competitividad en el mercado mundial que tiene Chile se hace corresponder en el plano simbólico con el éxito y la eficiencia del fútbol chileno (también del tenis), sirviendo, así, como un espacio muy favorable para difundir su imaginario nacionalista de corte neoliberal.

El papel que cumplen ciertos futbolistas, elevados a la categoría de héroes nacionales por los medios de comunicación de masas y por la propia sociedad nacional ha sido estudiado por Helal (2003, pp. 225-240) con el caso del brasileño Romario, que jugó un papel decisivo para que Brasil ganara el *Mundial de 1994*; y por Rodríguez (2003, pp. 181-198) con el caso de Maradona, que eliminó a la selección inglesa en el *Mundial de 1998* con su famosa “*mano de Dios*”. Héroes nacionales que de uno u otro modo contribuyen a reforzar el imaginario colectivo sobre la grandeza nacional.

La competencia transnacional de los negocios a través de las marcas comerciales, y no sólo de equipos rivales, ha sido estudiada por Lovisolo (2003, pp. 241-255), quien observó la fuerte transformación que está experimentando el espectáculo deportivo en general y el fútbol en particular mediante su exagerada presencia en los medios masivos de comunicación como industria del placer.

En cuanto al posible impacto que la globalización del fútbol puede tener sobre la función simbólica que este deporte desempeña en la conformación de identidades nacionales, Villena (2003, pp. 257-271) vino a afirmar que en efecto la mercantilización, hipermediatización y

¹¹ Cantarero (2008), en base al análisis realizado sobre la película de cine “La gran final”, expresa la pertinencia que tiene el estudio del fútbol desde las ciencias sociales, a fin de entender mejor la propia sociedad, y pone de manifiesto algunos de sus principales atributos: carácter colonialista, mercantilista y comercial, práctica entretenida e igualitaria, universalidad, masculinidad, fortalecedor de relaciones sociales, de identidades colectivas, exaltador de emociones y pasiones, etc.

transnacionalización experimentada por este deporte en el juego, la organización, difusión mediática, consumo, afición, etc., están transformando los parámetros económicos, sociales, políticos e ideológicos que hicieron posible la articulación entre fútbol y nacionalismo.

El fútbol es un terreno privilegiado para la afirmación de identidades y antagonismos colectivos. Cada confrontación, dice Bromberger (2011) proporciona a los espectadores un soporte para la simbolización de una faceta (local, profesional, regional, étnica, nacional, ...) de su identidad. “*El sentido de pertenencia se construye aquí, como en otras circunstancias, en una relación de confrontación más o menos virulento entre sí.*” (Ibíd., p. 8)¹² (Traducción de los autores).

La rivalidad entre hinchadas se puede producir por diversos motivos extradeportivos. Las afiliaciones religiosas, con sus poderosas estructuras y formas asociativas en varias ciudades de Europa y Oriente Medio, configuran clubes y preferencias de partido. “*En Belfast los protestantes sostienen los clubes de Linfield y Glentoran, mientras que los católicos son partidarios del Celtic y Cliftonville.*” (Ibíd., p. 10)¹³ (Traducción de los autores). También puede derivarse la rivalidad de las diferencias lingüísticas entre regiones (como ocurre en Bélgica), o de los litigios y quejas dejados por la historia.

Los clubes de fútbol son, en la mayoría de los casos, amplificadores de las identidades colectivas, al extremo que se establecen analogías entre las formas de jugar y las formas de vida, a menudo relacionadas con los estilos nacionales: el fútbol de contención y contraataque italiano, el juego táctico y efectivo alemán, el veloz y en tiralíneas inglés, el técnico y artístico brasileño, el de toque español, que sustituye a la antigua “furia”. También su composición es significativa para observar qué tipo de jugadores conforman y representan al equipo, si el derecho de suelo está por encima al derecho de sangre, como así ocurre en estos momentos en las normativas de fichajes de las ligas europeas. En definitiva, el equipo de fútbol en los últimos años, pretende simbolizar a través de su estilo de juego y su composición, la identidad real o imaginaria de la colectividad a la que representa (Ibíd., p. 18). Sin embargo, debido a la política de sus gestores, si apuestan más por la formación de cantera o por la adquisición de estrellas, si cambian a menudo de entrenador o lo mantienen por tiempo prolongado, si las acciones del club están repartidas o pertenecen en más de la mitad a un solo empresario, etc. Con frecuencia los equipos y los clubes poco se parecen al colectivo social en el que se ubican, convirtiéndose en muchos casos, donde prevalecen intereses empresariales, más en un signo que en un símbolo del grupo representado (Ibíd., p. 21).

Bromberger señala de manera astuta, que el fútbol encarna una visión coherente y contradictoria del mundo de hoy. Exalta el mérito individual y colectivo para lograr éxito en la competición, pero también destaca el papel que juega la suerte, el engaño o los errores arbitrales¹⁴, en los resultados finales en los que la justicia no siempre está del lado del mejor (Ibíd., p. 28).

La rápida popularización del fútbol, piensa Bromberger (2007, p. 124), ha dependido en gran medida de la capacidad de este deporte de equipo para simbolizar, a través de sus competencias, los antagonismos y las identidades colectivas, locales, regionales y nacionales. En Europa, tierra donde nace el Estado-Nación, y continente fragmentado en el que los sentimientos nacionales y las aspiraciones regionales se expresan con virulencia, el fútbol encuentra un campo abonado para su desarrollo, que induce a la movilización y la propaganda (Ibíd., p. 123).

¹² “*Le sentiment d'appartenance se construit ici, comme en d'autres circonstances, dans un rapport d'opposition plus ou moins virulent avec l'autre.*”

¹³ “*À Belfast les protestants soutiennent les clubs de Linfield et de Glentoran, tandis que les catholiques sont partisans du Celtic et de Cliftonville.*”

¹⁴ Ver también Bromberger (2000a).

Los equipos nacionales representan a países y cuentan en la actualidad con jugadores nacionalizados (no necesariamente nacidos) en su respectivo país, sin embargo los equipos locales, que antes se nutrían de los jugadores del barrio, del pueblo o de la ciudad en cuestión, por imperativo del mercado, ahora cuentan en la plantilla, sobre todo de los que tienen presupuesto para ello, con un buen número de jugadores extranjeros, y de procedencia diversa, que conduce a los aficionados a identificarse o idealizar jugadores estrellas, más que a canteranos procedentes del propio territorio.

Una destacada característica del público europeo asistente a los estadios de fútbol es su juventud: el 70% de los asistentes tienen menos de 35 años (Bromberger, 2007, p. 135). Y son las clases medias quienes acuden de manera más frecuente. “*El reclutamiento social de los miles de peregrinos congregados en las gradas, al igual que los espectadores, aparece hoy muy diversificada y acusa a toda Europa, principalmente a las clases medias de la población*”. (Ibíd., p. 131)¹⁵ (Traducción de los autores).

Por otro lado, las diferencias de estatus se pueden apreciar en parte con la ubicación en el estadio, aunque no solo es el precio de la localidad lo que condiciona su elección, sino la actitud del espectador: la zona de tribuna es generalmente ocupada por los más acomodados que prefieren contemplar el espectáculo bajo techo, con tranquilidad. En los fondos, tras la portería, los que desafían las inclemencias meteorológicas y mantienen un apoyo más firme de su equipo. Aunque estas macro-áreas es preciso descomponerlas en unidades menores de sociabilidad: grupos de amigos, de conocidos, de compañeros circunstanciales, familias, etc. (Ibíd., p. 133).

Bromberger distingue dos grandes categorías en la hinchada: por un lado, están los aficionados de todas las edades que forman parte de las asociaciones de base o lo son por cuenta propia, siendo seguidores del club desde toda la vida, acomodándose en cualquier lugar del estadio. Por otro lado, los incondicionales que forman parte de grupos ultras que, a modo de comando, banda o tribu, ocupan posiciones detrás de las porterías. Ambas aficiones mantienen en común la pasión por el fútbol, las emociones fuertes que sienten por su club, pero se diferencian en los comportamientos. Los segundos no se conforman en el estadio con ser meros espectadores, sino que ejercen de actores cobrando visibilidad por medio de sus canticos, vestuario, y en ocasiones manifestaciones de violencia. (Ibíd., pp. 133-137).

La composición sexual por su parte está cambiando gradualmente: de un 7 a un 14% (según el lugar) de espectadoras que apuntaban las encuestas en los años 1990, a un 20% de público femenino que aparece en fechas recientes. Por otro lado, la presencia en las gradas de una significativa presencia de inmigrantes o minorías étnicas, identificada con los colores locales, apuntan a que puede ser un vehículo de integración social (Ibíd., pp. 131-132).

El fútbol puede ser entendido como sinónimo de apertura internacional y claro exponente de la globalización, pero su práctica femenina genera aún controversia, aunque menos que la afición por contemplarlo. La mujer en las sociedades europeas es libre para practicarle, también para aficionarse a él, pero los datos estadísticos que aporta Bromberger en sus trabajos señalan que, tanto en su práctica como en su espectáculo, se trata aún de una actividad predominantemente varonil. “*Los modos de asistencia al estadio de las personas de mayor edad, las consignas y metáforas utilizadas por los aficionados son buenos indicadores de la forma en que los hombres se construyen*.” (Bromberger, 2010, p. 191)¹⁶ (Traducción de los autores).

¹⁵ “*Le recrutement social des foules réunies dans les gradins, comme celui des téléspectateurs, apparaît aujourd'hui très diversifié et accuse, partout en Europe, un net gonflement dans les tranches moyennes de la population.*”

¹⁶ “*Les modes de fréquentation du stade au fil des âges de la vie, les slogans et les métaphores utilisés par les supporters sont de bons révélateurs de la manière dont on fabrique et dont se fabriquent les hommes.*”

Por las comparaciones, descalificaciones e insultos que se pueden escuchar en los escenarios futbolísticos para socavar el honor y la moral del rival, con el uso de palabras y metáforas que aluden a comportamientos femeninos intolerables y a la falta de virilidad del adversario, todo parece indicar que es un terreno abonado para hombres, o apropiado por valores masculinos: fuerza, astucia, habilidad, solidaridad colectiva. El espectáculo dramatiza estas virtudes y permite excesos verbales y gestuales como prerrogativas de los hombres, aunque, tanto el juego como el espectáculo, también evocan a modo de teatro las incertidumbres, debilidades y contradicciones masculinas: el fracaso, el engaño, la decepción, la vergüenza, la supremacía de los demás, las sospechas, la deslealtad, ... que en definitiva ponen de manifiesto la fragilidad humana.

El ritual viril que representa el partido de fútbol se va transformando, sin embargo, poco a poco, en puro espectáculo para muchos, señala Bromberger (2010, p. 194). El aumento de los precios de las entradas, o el confort de los asientos en las localidades, motiva la asistencia de un público más heterogéneo y menos sufrido. Y la animación en los estadios no solo la promueven los grupos fanáticos con sus cánticos y gestos, sino que se les encarga a grupos de animadores y empresas especializadas, que llenan de contenido comercial los tiempos de descanso, todo lo cual, hace visible la evolución contemporánea del espectáculo deportivo y la brecha que sufre la pretendida masculinidad.

5. Violencia y racismo

Hablar de violencia en los estadios de fútbol resulta algo habitual, quizás porque puede ser un lugar propicio para que los factores condicionantes de la violencia (instinto, aprendizaje, frustración, masificación, etc.) confluyan en un mismo sitio, reforzados tal vez por el sentimiento identitario de unión que otorga el grupo. No obstante, como señalan Mosquera González y Sánchez Pato (1998, p. 110), hablar de violencia en los espectáculos deportivos no significa sólo referirse a la violencia física (lanzamiento de objetos, peleas, destrozos, etc...), también hay que incluir la verbal, (gritos, insultos, silbidos e himnos y canciones hirientes o provocadoras), la violencia gestual (mímica obscena, los aplausos sancionadores, saltos y desplazamientos, etc...) y por último, la violencia simbólica (vestimenta y símbolos de los aficionados, contenido de las pancartas y los mensajes de las banderas).

Desde la perspectiva sociocultural, la violencia en los estadios ha sido interpretada de distintas maneras. Máximo Pimienta (2003, pp. 39-55) tras analizar la violencia protagonizada por las *torcidas* brasileñas, considera que ésta es parte de la vida urbana y consecuencia de la pérdida de conciencia social y política de los nuevos actores. Ferreiro (2003, pp. 57-74) frente a la creencia de los argentinos de que la pasión por tal o cual equipo es un sentimiento inexplicable, plantea la hipótesis de que la pasión y entrega por unos colores, así como la violencia simbólica y física, se sostienen no en un supuesto esoterismo intangible manado del fútbol, sino en la trama cultural que generan los sectores sociales convocados; diferenciando a su vez los dos subprocesos rituales que se desprenden de la práctica y el espectáculo futbolístico: uno desarrollado en el terreno de juego y el otro en las gradas.

La violencia en el fútbol como fenómeno colectivo de la sociedad contemporánea fue estudiado también por Cajueiro Santos (2003, pp. 75-84), quien llegó a la conclusión de que no se trata de un comportamiento irracional de masas, sino de uno de los elementos sustantivos que hacen posible la unidad de acción de los hinchas, consecuencia a su vez de una sociedad individualista e indiferente ante la realidad, que invierte mucha energía para conseguir objetivos superfluos. Cajueiro Santos (Ibíd., p. 76) considera que la globalización y homogeneización de la cultura, a su vez fragmenta a la sociedad, creando tribus urbanas en torno a un fin común. Teoría que usa este autor para explicar la creación de grupos de animación radicales, que funcionan como

entidades autónomas. Para Alabarces (2003, p. 4), los actos de violencia deben ser vistos como un hecho simbólico, en el que un grupo con identidad propia lucha por un territorio contra un enemigo imaginario (hincha del equipo adversario).

En ese último sentido cobra especial importancia el componente juvenil de la llamada “violencia futbolera”. Máximo Pimenta (2003, p. 40) recuerda que no hay que perder de vista el carácter simbólico que utiliza como escenario el espectáculo deportivo. En ese marco social, los “nuevos sujetos sociales” intentan construir una identidad e identificarse a su vez con un grupo, pudiendo ser la propia violencia y todo lo prohibido el elemento estructurante. La expresión de masculinidad, solidaridad o compañerismo, pueden llegar a estar asociadas con manifestaciones de radicalismo y conductas violentas que atraen a los jóvenes, motivados a su vez por la emoción de los enfrentamientos y la defensa del club que simboliza su “familia”. Sin embargo, las posibilidades son tantas que no existe un perfil social definido entre los hinchas radicales de los clubes, especialmente entre los jóvenes (Ibíd., p. 42).

Ortega Olivares (2008) destaca el desencanto juvenil, la marginación social, el desempleo, el sensacionalismo y apasionamiento de los medios, como importantes factores desencadenantes de la violencia en los estadios de fútbol. Como motivo regular de conversación en las sociedades latinoamericanas, considera que debe ser analizado dentro de los rituales de rebelión, teniendo en cuenta un doble proceso: el que acontece en el terreno de juego, y el que se da en las graderías. En el caso por él estudiado en Argentina, señala que “*La disputa entre barras corre paralela al juego en cancha, se manifiesta principalmente como enfrentamiento ritual, pero puede llegar a la agresión.*” (Ibíd., p. 60). Enfrentamiento entre aficiones rivales que cobran fuerza por la mutua diferenciación y lucha por la supremacía. “*El amor a los colores del equipo parece ser la razón de ser de las barras bravas, pero lo que las mantiene cohesionadas es un mecanismo de diferenciación negativo, es el reconocerse como adversarios de los otros equipos, a quienes niegan y consideran por definición ilegítimos.*” (Ibíd., p. 53).

Alabarces (2008, pp. 21-32) hace alusión al “aguante” ligado al honor de las hinchadas, entendido en sentido colectivo y orientado siempre hacia el otro o en relación con el otro, con el que se compete. Todo ello dentro de una estética expresiva y colorista que llame la atención (bufandas, banderas, camisetas, etc.), y amparada en una ética o moral imaginada en donde se exaltan los supuestos valores del club, la existencia de marcos morales alternativos, distintos de los hegemónicos. Aunque la mujer cada vez más entra en la dinámica de las hinchadas ultras, la exaltación de la masculinidad es una constante cuando se producen enfrentamientos violentos. “*La cultura futbolística argentina se ha transformado en un espacio donde la violencia se vuelve un estilo, un modo de actuar, una forma de entender la vida y de marcar la relación con el mundo.*” (Ibíd., p. 30).

Este autor, interpreta la violencia en el fútbol argentino como consecuencia de diversas circunstancias, relacionadas con la cotidianidad en el ámbito de la vida diaria y ejercida por todas las clases sociales; con la adrenalina que se segrega con ella a modo de droga ejerciendo un efecto adictivo; con la construcción de colectivos, de grupos de iguales con los que poder medirse y tratar de resolver desavenencias o imponerse a fuerza de golpes; con el deseo de visibilizarse, de hacerse ver y autoreconocerse bajo el principio: “*peleo, luego existo*”; dimensiones todas ellas que hacen pertinente la pregunta de ¿por qué no hay más violencia en el fútbol? (Ibíd., pp. 31-32).

En cuanto a las reacciones del público sobre los errores arbitrales, las observaciones de Bromberger (2000a) apuntan a que son protestados de manera más o menos airada cuando perjudican al propio equipo, mientras que son disculpados o se toman como sarcasmo cuando lo favorecen, aunque hasta cierto punto, ya que si el favoritismo es exagerado también se protesta

con ocurrencias mordaces para no socavar el honor local. Los errores arbitrales considerados deliberados y partidistas encuentran repuestas más virulentas en el público apasionado, tanto en las gradas en el momento que ocurre como fuera del estadio una vez termina el partido, sobre todo si los errores han influido de manera decisiva en el resultado, y la afición se siente poco apreciada con respecto a la del equipo rival.

Al igual que diría Geertz (1987 [1973], pp. 339-372) de la pelea de gallos en Bali, para Bromberger (2000a) el partido de fútbol aparece también como un “juego profundo”, cargado de emoción, y tomado más en serio que cualquier otra actividad cotidiana. Un juego en el que los errores en la toma de decisiones de sus jueces (árbitro, linier, asistentes) son asumidos como parte del mismo, aunque se revelen contra ellos. Aunque la tecnología (a través de cámaras de vídeo, micrófonos inalámbricos, etc.) permita en estos momentos minimizar al máximo las posibilidades de equivocarse en decisiones tales como: si fue o no fuera de juego, si sobrepasó o no el balón la línea de banda o de portería, o si un jugador cayó zancadilleado o lo simuló; la transparencia total y la infalibilidad arbitral no parece que haya intención de conseguirla, porque rompería con algo que le da más emoción al juego y a lo que estamos muy habituados como factor humano: el error.

Desde otro punto de vista, Cuesta y Bohórquez (2012) intentaron determinar si la práctica del fútbol puede suponer un reflejo de la violencia que se da en la propia cultura. Para ello analizaron una competición internacional americana (*Copa Libertadores*) centrándose en equipos de países con un índice de violencia elevado, para observar si su comportamiento violento se correspondía con lo que sucedía culturalmente en su contexto. En ese escenario analizaron el número de faltas, sanciones y amonestaciones en el juego, determinándose que los factores de mayor influencia eran la posición del jugador y el estilo de juego del equipo. La incidencia del contexto socioeconómico del que provenía el jugador, la nacionalidad o la edad, eran prácticamente inapreciables en relación al comportamiento violento o pacífico de los futbolistas.

Kerr (2009, p. 49) planteaba que el número de agresiones en los deportes de contacto aumentó notablemente en la década de los noventa, pero a partir de ahí se estabilizó. Y destaca la importancia de la experiencia deportiva como forma de maduración psicológica, que permite comprender el motivo de la conducta violenta y facilita los comportamientos ejemplares en las gradas, como espectadores empáticos.

En contraste con la visión alarmante y preocupante que tiene la sociedad en general acerca de la violencia que rodea al fútbol, desde las Ciencias Sociales se observa como una nueva forma de confrontación con el simbólico “enemigo”. No hay que olvidar que la violencia viene acompañando a los seres humanos desde hace miles de años.

Dentro del ámbito de la violencia en el deporte y en especial en el fútbol, se encuentra el tema del racismo. Sucesos recientes como cánticos contra jugadores negros, anti-semitas o la utilización cada vez más habitual de símbolos nazis y fascistas, parecen denotar un aumento del gusto por la segregación, al menos en el ámbito del deporte de masas. Paradójicamente, explican Müller, Van Zoonen y de Roode (2007, p. 335), la cultura fan del fútbol es famosa en todo el mundo por su potencial a la hora de producir identidades colectivas, pero dentro de ellas tiene lugar también la expresión de sentimientos racistas, en muchas ocasiones, por una notable cantidad de público.

Basson, Lestrelin y Salle (2008) ponen de manifiesto los comportamientos violentos y racistas manifestados por los grupos de hinchas fanáticos en distintos países de Europa (Alemania, Inglaterra, Italia, ...), y las iniciativas emprendidas en algunos casos, como ocurre con el “Proyecto Ultra de Bolonia”, para reorientar dichos comportamientos y ennoblecer las causas de dichos seguidores, generando una conciencia más solidaria de ciudadanía.

Según la investigación realizada por Durán y Pardo (2008, p. 87) en la liga española, basada en fuentes oficiales durante dos temporadas futbolísticas (2004-2006), registraron un total de 47 incidentes racistas, el 81% de los cuáles se dieron en *Primera División* y el resto en *Segunda*.

No obstante, como indican Durán y Jiménez (2006, p. 69), la postura oficial de las instituciones públicas, responsables de que el deporte, en todas sus manifestaciones, promueva la inclusión social, es que el deporte siempre es útil en la lucha contra la exclusión social, el racismo, la pobreza o la segregación. Alegan los defensores de esta postura que la culpa del problema está en los estereotipos previamente marcados y en el “atrincheramiento” de los grupos minoritarios en su cultura.

Con respecto a las manifestaciones racistas en torno al fútbol apuntan la idea de la “hegemonía blanca” y consideran que dicho racismo puede darse bajo tres tipos de discriminación: “Instrumental”, con actos que sirven de excusa para descentrar a los jugadores contrarios y provocar a sus seguidores. “Impulsiva”, que se origina desde la frustración, la inseguridad, el desconocimiento y en muchos casos por falta de entendimiento. E “Institucional”, cuando las normativas, acuerdos y prácticas aplicadas dentro de la organización deportiva tienen efectos discriminatorios dando lugar a bajos niveles de participación y atención a las minorías (Ibíd., p. 71).

En base a esos tres tipos de discriminación, en Europa, señalan Duran y Jiménez (Ibíd., p. 72), se han creado una serie de instituciones y organizaciones de cara a combatir este problema. Entre ellas podemos destacar el proyecto “*FARE*” (*Football Against Racism in Europe*) creado por la *Comisión Europea*, el “*Fans United*” o el grupo de investigación europeo liderado desde la *Universidad de Loughborough*, que investiga cómo el deporte puede ser clave en el proceso de integración multicultural de los jóvenes, según Sterkenburg, Janssens y Rijnen (cfr. Duran y Jiménez, Ibíd., p. 73). También destaca la red *Eurofan* (Centro europeo para el estudio y la prevención de la violencia en el deporte), subvencionada por la *Unión Europea*, que centra sus esfuerzos en la lucha contra los hinchas radicales y el racismo en los estadios.

Por otro lado, y desde una visión más pragmática del asunto, Müller, Van Zoonen y de Roode (2007) plantean que las conductas y comportamientos racistas diarios que se dan en el contexto deportivo, y sobre todo durante los eventos futbolísticos, deben ser tomados más en serio de lo que se hace, ya que provocan un contexto “racializado” e inconsciente que perjudica a las minorías. Coinciden, en tal caso, con la visión de Duran y Jiménez (2006) en que no sólo se debe asociar el racismo a comportamientos agresivos de los grupos radicales alrededor del estadio, ya que la reproducción de un contexto discriminatorio o favorecedor para la mayoría, puede dar lugar a lo que ellos llaman “*proceso inconsciente de racialización*”. Aclaran que el mayor riesgo que tiene la situación es su normalización en la sociedad, al asumirse como algo común las bromas o desprecios a las religiones o razas que confluyen dentro de un territorio.

Müller, Van Zoonen y de Roode (2007) al igual que Duran y Jiménez (2006) también destacan la figura del “*racista accidental y el instrumental*”. Al primero, si se le pregunta con posterioridad al incidente, “*no quiere realmente decir lo que ha dicho*”, pero por presiones externas, exaltación o enfado pronuncia un comentario desafortunado que genera animadversión. El segundo, el instrumental, se defiende diciendo que lo utiliza como “*arma contra los rivales*”, para desestabilizar tanto a jugadores como a aficionados del equipo contrario.

6. Educación en valores

Otro de los temas más interesantes a la vez que ambiguos es la adquisición o producción de valores en torno al deporte y en concreto a partir del fútbol. Según Boixadós y cols. y Unaza y

Maldonado (cfr. Cruz Feliu y cols., 2001, p. 7), el deporte, “no sólo ayuda a mejorar la condición física y facilita el aprendizaje de destrezas técnicas, sino que también, constituye un entorno relevante para el desarrollo psicosocial del niño”.

La interacción entre personas en un entorno deportivo ayuda al desarrollo moral de los participantes, siempre y cuando en el deporte se sigan unas reglas y se tenga una actitud previa de *fair play* (Cruz Feliu y cols., 1996). Este tipo de espíritu, no obstante, y como nos dice García Ferrando (1986) y Gilroy (1993) a menudo destaca por su ausencia en el deporte profesional, en el que juegan un papel importante intereses de tipo económico, entre otros. Siguiendo textualmente a Cruz Feliu y cols. (2001, p. 7): “el desarrollo moral de los deportistas jóvenes se debilita cuando observan conductas antideportivas de compañeros o de deportistas profesionales que, por medio de trampas, engaños, dopaje o conductas violentas, intentan conseguir el éxito a cualquier precio”.

En su estudio sociológico acerca de la práctica deportiva del fútbol en edades tempranas, Cruz Feliu y cols. (Ibíd., p. 9) observan que por regla general los valores más importantes para los jóvenes deportistas son la diversión, el logro personal o la auto-realización. En contraste, y sin perder de vista la masculinización del fútbol, los futbolistas hombres tienen más en cuenta el criterio ganar, mientras que las mujeres futbolistas destacan otros valores como ayudar o animar.

En base a los resultados de los estudios realizados por los citados autores (Ibíd., p. 9), se puede sustraer que las conductas desfavorables al *fair play* por lo general comienzan a darse en la práctica deportiva a edades comprendidas entre los trece y catorce años, siendo significativamente más elevado en chicos que en chicas. Este modelo de conducta podría estar influenciado por el modelo profesional, ya que el número de faltas de contacto es muy similar en ambas competiciones y, aunque las conductas desfavorables al *fair play* son más numerosas en el amateurismo, se puede deber a que la imitación de conductas negativas, así como su asimilación, siempre es mayor que la de conductas positivas (véase Albinson, Cruz y cols. y Lee, cfr. Ibíd., p. 12).

Sabemos, por tanto, que el deporte en sí mismo, ya sea como espectáculo o como práctica, no genera el aprendizaje de actitudes ni conductas moralmente positivas. Para que el fútbol como deporte-espectáculo llegue a ser un elemento educativo para los jóvenes, sería preciso replantearse al menos: la iniciación deportiva en las clases de Educación Física, la manera en que los entrenadores organizan sus entrenamientos y dirigen los partidos, la forma en que participan los padres y demás espectadores, y los modelos que ofrece el deporte profesional.

7. Bibliografía

- Alabarces, P. (2002). *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas nacionales en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Alabarces, P. (Comp.) (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Alabarces, P. y cols. (2005). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Alabarces, P. (2008). Fútbol, violencia y política en la Argentina: ética, estética y retórica del aguante. En L. Cantarero, F X. Medina y R. Sánchez (coord.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 21-33). Donostia. San Sebastián: Ankulegi.

- Antezana, L. H. (2003). Fútbol: espectáculo e identidad. En Pablo Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 85-100). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Archetti, E. (1985). *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO.
- Archetti, E. (1998). El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. Buenos Aires: *Nueva Sociedad*, 154, 101-119.
- Barbero, J. I. (1993). *Materiales de Sociología del Deporte*. Barcelona: Ediciones La Piqueta.
- Basson, J. Ch., Lestrelin, L., y Salle, L. (2008). L'action publique europeene de contrôle du supporterisme saise par l'action collective: le progetto ultra de Bologne. En L. Cantarero, F X. Medina y R. Sánchez (Coord.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 35-49). Donostia. San Sebastián: Ankulegi.
- Bayce, R. (2003). Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos: Preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 163-180). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Bromberger, C. (1989). Le stade de football: une carte de la ville en réduction. *Mappe Monde*, 89 (2), 37-40.
- Bromberger, C. (1995). *Le match de football Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme. <http://dx.doi.org/10.4000/books.editionsmsmh.4077>
- Bromberger, C. (2000a). Du but contre son camp à l'erreur d'arbitrage: les talons d'Achille des footballeurs et de leurs juges. *Le temps des savoirs*, 2, 17-38.
- Bromberger, C. (2000b). El fútbol como visión del mundo y como ritual. En M.Á. Roque (ed.), *Nueva Antropología de las sociedades mediterráneas*. Barcelona: ICARIA-Institut Catalá de la Mediterrania.
- Bromberger, C. (2007). Cultures and identities in Europe through the looking glass of football. En M. Demossier (edit.), *The European puzzle. The Political Structuring of Cultural Identities at a Time of Transition* (pp. 119-140). New York y Oxford: Berghahn Books.
- Bromberger, C. (2010). Sport, football and masculine identity. En S. Frank y S. Steets (edit.), *Stadium worlds: Football, Space and the Built Environment* (pp. 181-194). Londres: Routledge.
- Bromberger, C. (2011). Football, la bagatelle la plus sérieuse du monde. Conferencia pronunciada en Vaison-la-Romaine, el 18 mayo de 2011.
- Bromberger, C., Hayot, A., y Mariottini, J.M. (1987). Allez l'O.M.! Forza Juve! *Terrain, Revue d'ethnologie de l'Europe*, 8, 8-41. Recuperado de <http://terrain.revues.org/3636>. Consultado el 10 de mayo de 2016.
- Cachán, R. y Fernández, O. (1998). Deporte o Religión: Un análisis antropológico del fútbol como fenómeno religioso. *Apunts*, 52, 10-14.

- Cajueiro, T. (2003). O lado 'hard' da cultura 'cool': as torcidas e a violencia no futebol. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 75-84). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Cappa, Á. (2004). *¿Y el fútbol dónde está?* México: Editorial Ficticia (Ediciones del Futbolista).
- Cantarero, L. (2008). Reflexiones sobre la cultura del fútbol. Un análisis de este deporte a través de una película de cine: la gran final. En L. Cantarero, F X. Medina y R. Sánchez (Coord.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 67-80). Donostia. San Sebastián: Ankulegi.
- Cantarero, L., Medina, F. X., y Sánchez, R. (2008). Introducción. En L. Cantarero, F X. Medina y R. Sánchez (Coord.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 11-20). Donostia. San Sebastián: Ankulegi.
- Cruz Feliu, J. y cols. (2001). ¿Se pierde el "fair play" y la deportividad en el deporte en edad escolar? *Apunts*, 64, 6-16.
- Cruz Feliu, J. y cols. (1996). ¿Existe un deporte educativo?: papel de las competiciones deportivas en el proceso de socialización del niño. *Revista de Psicología del Deporte*, 9·10, 111-132.
- Cuesta, J. y Bohórquez, C. (2012). Soccer and national culture: estimating the impact of violence on 22 lads after a ball. *Applied Economics*, 44 (2), 147-161. <http://dx.doi.org/10.1080/00036846.2010.500275>
- Da Matta, R. y cols. (1987). *Universo do futebol: Esporte e sociedade Brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.
- Dávila, A. y Londoño, C. (2003). La nación bajo un uniforme. Fútbol e identidad nacional en Colombia, 1985-2000?. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 123-144). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Dunning, E. (2009). Reflexiones sociológicas figurativas y de proceso sobre el deporte y la globalización: algunas observaciones conceptuales y teóricas, con especial referencia al fútbol. *Apunts*, 97, 8-17.
- Durán, J. (1985). El estudio de la violencia deportiva en Europa. En ICEF, *Agresión y violencia en el deporte. Un enfoque multidisciplinario*. Madrid: Consejo Superior de Deportes.
- Duran, J. y Jiménez, P.J. (2006). Fútbol y Racismo: un problema científico y social. *Apunts*, 3, 68-94
- Durán, J. y Pardo, R. (2008). Racismo en el fútbol profesional español (1ª y 2ª división). Temporadas 2004-05 y 2005-06. *RICYDE*, 12, 85-100.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: F.C.E.

- Ensslin, S. R. y cols. (2012). Um estudo sobre segurança em estádios de futebol baseado na análise bibliométrica da literatura internacional. *Perspectivas em Ciência da Informação*, 17 (2), 71-91. <http://dx.doi.org/10.1590/S1413-99362012000200006>
- Erriest, M. y Ullmann, M.E. (2010). Fútbol, seguridad ciudadana y Derechos Humanos. Algunas consideraciones para su debate. *Nómadas*, 28, 1-29.
- Fábregas, A. (2001). *Lo sagrado del Rebaño. El fútbol como integrador de identidades*. Guadalajara: Colegio de Jalisco.
- Fábregas, A. (2006). El fútbol en Chiapas (México): ¿un símbolo de identidad? *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 61 (2), 145-161.
- Feixá, C. (2003). Un antropólogo en el fútbol. En F. X. Medina y R. Sánchez (Edit.), *Culturas en juego. Ensayos de antropología del deporte en España* (pp. 73-101). Barcelona, Icaria.
- Ferreiro, J.P. (2003). Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar. Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 57-74). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- García Ferrando, M. (1986). *Hábitos deportivos de los españoles. (Sociología del comportamiento deportivo)*. Madrid: Consejo Nacional de Deportes.
- Geertz, C. (1987 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gibbons, T. (2011). English national identity and the national football team: the view of contemporary English fans. *Soccer and society*, 12, 865-879. <http://dx.doi.org/10.1080/14660970.2011.609685>
- Gilroy, P. (1993). *Small acts: thoughts on the politics of black cultures*. Londres: Serpent's Tail.
- Giménez, G. (1999). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En J.M. Valenzuela (Comp.), *Decadencia y auge de las identidades*. México: El Colegio de la Frontera Norte – Plaza y Janes.
- González Ponce de León, M.A. (2009). Estructura Social y sistema simbólico en el ritual de los grupos de animación de un equipo de fútbol. El surgimiento de la ultra 1901 como movimiento contestatario al orden social hegemónico. *Razón y Palabra*, 69, 1-15.
- Hall, S. A. (2010). Sport Event Safety and Security: The Importance of Training Your People. *Security*, 47(6), 66-70.
- Helal, R. (2003). Idolatria e malandragem: a cultura brasileira na bibliografia de Romário. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 225-240). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Horky, T. (2009). Contenidos y modelos de elaboración de la información deportiva en la prensa escrita. Resultados de un estudio comparativo internacional. *Apunts*, 97, 70-79.

- Kerr, J.H. (2009). Analysis of Recent Incidents of On-Field Violence in Sport: Legal Decisions and Additional Considerations from Psychology. *Aggressive Behavior*, 35, 41-48. <http://dx.doi.org/10.1002/ab.20284>
- Lahud, S. (1998). *O Brasil no campo de futebol. Estudos Antropológicos sobre os significados do futebol brasileiro*. Niteroi: EDUFF.
- López-Fernández, J. y cols. (2014). Diseño de una Herramienta Para Evaluar la Adecuación de los Estadios de Fútbol Españoles a las Medidas de Seguridad Obligatorias. *Kronos*, 13(2). <https://g-se.com/es/journals/kronos/articulos/diseño-de-una-herramienta-para-evaluar-la-adecuación-de-los-estadios-de-fútbol-españoles-a-las-medidas-de-seguridad-obligatorias-1751>. Consultado el 5 de mayo de 2016.
- Lovisoló, H. (2003). Tédio e espectáculo esportivo. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 241-256). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Magazine, R.; Ramírez, J. y Martínez, S. (2010). Las rivalidades futbolísticas y la construcción de la nación. Una comparación entre México y Ecuador. *Iconos*, 36, 157-169.
- Mandell, R. (1986). *Historia cultural del deporte*. Barcelona: Bellaterra.
- MacClancy, J. (2003). Nacionalismo en Juego: Los Vascos de Vizcaya y el Athletic Club de Bilbao. En F. X. Medina y R. Sánchez (Edit.), *Culturas en Juego. Ensayos de Antropología del Deporte en España* (pp. 137-158). Barcelona: Icaria.
- Martínez Gorroño, M.E. y Hernández Álvarez, J.L. (2014). La Institución Libre de Enseñanza y Pierre de Coubertin: La Educación Física para una formación en libertad. The Institution Libre de Enseñanza and Pierre de Coubertin: The Physical Education for training in freedom. *Revista Internacional de Medicina y Ciencias de la Actividad Física y del Deporte.*, 14 (54), 243-263. <http://cdeporte.rediris.es/revista/revista.html>. Consultado el 12 de octubre de 2016.
- Máximo Pimienta, C.A. (2003). Torcidas organizadas de fútbol. Identidade e identificações cotidianas. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 39-56). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Mosquera González, J. y Sánchez Pato, A. (1998). El problema de la violencia en los espectáculos deportivos desde la sociología del deporte. Un marco teórico de análisis. *Apunts*, 51, 109-110.
- Müller, F.; Van Zoonen, L. y de Roode, L. (2007). Accidental Racists: Experiences and Contradictions of Racism in local Amsterdam Soccer Fan Culture. *Soccer and Society*, 8, 335-350. <http://dx.doi.org/10.1080/14660970701224608>
- Ortega Olivares, M. (2008). Fútbol, barras y violencia. En L. Cantarero, F X. Medina y R. Sánchez (Coord.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 51-65). Donostia. San Sebastián: Ankulegi.
- Paramio, J.L. (2004) ¿Hacia dónde se dirigen los estadios deportivos en el período post moderno? *Apunts*, 78, 41 – 50.

- Ramírez Gallegos, J.P. (2003). Fútbol e identidad regional en Ecuador. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 101-122). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Ramonet, I. (1999). Un hecho social total. En S. Seguro (edit.), *Fútbol y pasiones políticas* (pp. 11-19). Barcelona: Debate.
- Rodríguez, M.G. (2003). Los días en que Maradona usó kilt: intersección de identidades profundas con representaciones masmediáticas. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 181-198). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Rojo-Labaien, E. (2014). El fútbol: reflejo permanente de la diversidad nacional del estado español desde sus orígenes. *Apunts*, 116, 23-32. [http://dx.doi.org/10.5672/apunts.2014-0983.es.\(2014/2\).116.02](http://dx.doi.org/10.5672/apunts.2014-0983.es.(2014/2).116.02)
- Salvador, J. (2004). Fútbol, metáfora d'una guerra freda. Un estudi antropològic del Barça. Tesis Doctoral. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili. Departament d'Antropologia, Filosofia i Treball Social.
- Santa Cruz, E. (2003). Fútbol y nacionalismo de mercado en el Chile actual. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 199-224). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Stott, C. y Reicher, S. (1998). How Conflict Escalates: The Intergroup Dynamics of Collective Football Crowd Violence. *Sociology*, 32, 353–77. <http://dx.doi.org/10.1177/0038038598032002007>
- Stott, C., Hoggett, J. y Pearson, G. (2012). “Keeping the peace” Social Identity, Procedural Justice and the Policing of Football Crowds. *British Journal of Criminology*, 52 (2), 381-399. <http://dx.doi.org/10.1093/bjc/azr076>
- Torredadella-Flix, X. y Nomdedeu-Rull, A. (2014). Repertorio bibliográfico del fútbol en España (1900-1936). 121 obras para interpretar el impacto social del fútbol en la historia contemporánea. *Apunts*, 115, 7-32.
- Vázquez Montalbán, M. (2005). *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*. Barcelona: Debate.
- Verdú, V. (1980). *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Villena, S. (2003). Gol-balización, identidades nacionales y fútbol. En P. Alabarces (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (pp. 257-269). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Weischenberg, S. (1998). *Journalistik. Theorie und Praxis aktueller Medienkommunikation. Band 1: Mediensysteme, Medienethik, Medieninstitutionen*. Opladen: Westdeutscher Verlag.